



El escenario

XI Premio Internacional de Poesía León Felipe

Agustina Roca

Editorial Celya

Tábara, 2013

Selección de Poemas

El extranjero

El ritmo

El tejido

La mítica Babilonia

Mallarmé, el azar y los dados

Artaud en la tribu

El extranjero

Un ave cruza el escenario, se pierde en el aire. ¿Qué es el aire? ¿Qué es el fuego? ¿Qué es la vida? Si hay vida ¿hay no vida? Vida vid vil vodevil. La mujer arrastra sus pies por el decorado, tropieza, se endereza, continúa. Zarza ardiendo entre los colmillos del zorro cazorro. Lluvia azotando los cristales. Agua que lava lavando, agua que limpia limpiando, agua que llora llorando, agua saliva salivando. Agua aire fuego delego ego relego.

-¿Por qué balbuceas de ese modo, mujer?, dice el extranjero

Platón, ¿da al poeta derecho a ciudad? El desterrado se refugia en el escenario. Secretos, enigmas, historias, diferente a los de ellos, los lugareños. La historia se repliega para el extranjero. El desterrado siempre observa.

Ulises observa

Una lágrima cae de su ojo izquierdo, salpica el suelo que pisa. Lágrimas acarician pestañas. Mudas presencias en las nuevas tierras. Párpados caídos, ojos entornados, pupilas arañan imágenes en la hierba. Se cruzan, se reproducen, se multiplican. Ulises sueña Ítaca, Ulises se hechiza con Circe, Ulises en las redes de Calipso, Ulises rodeado de sirenas, Ulises aprende los enigmas de Troya, Ulises llora a la distancia la muerte de su madre, Ulises olfatea el sabor de Penélope y de Ítaca. Sus mares, sus árboles, sus duendes.

¿Cuál es la frontera entre tu tierra y la mía?

Tu lengua eres tú, ella te cincela, dibuja tu rostro que se yergue sobre el escenario. Cuando hablas, percibes esas miradas, la de los lugareños, intentando descifrar lo que dices, extranjero. Tu presencia emana olor a otras tierras, extranjero. Tu presencia, un rostro que ellos pintan con su lengua, extranjero. Pero tú clavabas tus garras en tu tradición poética y a medida que pasan las lunas le sumas tradiciones de los suelos que pisas.

Debajo de ese secreto mestizo indio/negro/blanco

te escondes.

Te escondes en el escenario cuando sientes que no entienden tus palabras. Exquisita locura el lenguaje, el lenguaje desatado trotando entre cardos y desiertos. Magma hirviendo. La lengua es el origen. La lengua ES en el destierro. Cae el telón. Tu lengua se alza y te levanta en espirales, te acuna, te susurra, te canta en los aromas de la infancia, allí en la pampa, cuando el sol se incrustaba con fuerza entre los teros de la laguna.

¿De qué color es tu piel, extranjero?

¿Desde qué lugar de la periferia escribes? Sin embargo ahí, en la periferia, en el escenario donde habitan los marginados, encuentras tu centro, extranjero.

Pasolini lo sabía

Camus lo sabía

El ritmo

Si yo arañó y tropiezo, si cojo una palabra, si produzco una herida en la escritura, ¿atravesaré la superficie? Ningún buzo ha encontrado la llave del fondo del océano. Se sumergen, escarban en la arena, dibujan ojos a la oscuridad, arrancan hierbas, deambulan de un lado a otro, y vuelven a bajar, vuelven a bajar, vuelven a bajar. Día tras día. Año tras año. Década tras década. Siglo tras siglo. La llave no aparece. Yo te espero al final de este verso. Yo te espero, lector, para copular juntos en el placer del agua. Para cabalgar entre palabras río abajo con brío, atravesando y destruyendo imágenes, espejismos.

La clave, ¿está en la música?

Busco el ritmo, me aferro a esa tabla, náufrago que baila al compás de las olas. El agua aletea, allí, en la línea del horizonte, esa línea donde te hamacas, lector. El viento canta con sus aullidos de lobo, el viento canta, pájaro de isla lejana. Crece, crece, dice la voz de la soprano. Crece y eleva tu sonido entre árboles. Gorriones en coro contestan. El silencio y sus grietas. Las voces, en la noche. Ven, lector, acércate, dame la mano, y escuchemos esa música, música del vientre de la tierra.

Escucha la música. Sólo la música

¿Qué sería del universo sin ritmo? ¿Qué sería del lenguaje sin ritmo? ¿Qué sería del cuerpo texto sin ritmo?. Palabra. Palabra. Choque de dos universos, saltan chispas, explosión. Violencia. Pasión, catarata en las sinuosidades del agua. Catarata que galopa y se entrecruza bajo el arco iris, echando humo, fosas de dragón. Humareda en espiral. Y río día por el universo clama Huidobro entre la selva noche

Huidobro, me doblo

me doblo

me doblo.

El tejido

La araña crea saliva. Estira paso a paso un hilo, lo entrecruza con otro, siente que se queda sin saliva, sacude su cuerpo para gestar más y continuar su tejido. Se aleja un tanto, ve como la luz atraviesa sus hilos, y con su boca mueve uno, apenas, lo indispensable. Busca un diseño más circular. Sus patas continúan arrastrando otro hilo, va delimitando su espacio, con sus silencios, con su ritmo, con su aire. El hilo pesa, tropieza, está a punto de caer, se recupera y continúa su tejido/ texto, los hilos van formando una red. La respiración de la tejedora se enturbia. Dobla sus patas, descansa, y así, en sueños, gesta saliva en su interior.

Duerme Can Nü, duerme

Gui Jujing diseñó a Can Nü en la China del siglo XIV. Can Nü, la araña, la tejedora, presente en todos los tiempos y, en todos ellos, su creación. El tejido, el texto.

La araña, obrera incansable, se despierta. Y arremete con fuerza, con las patas del lado izquierdo, pega hilos acá y allá, luego se vuelca sobre el derecho. El entramado toma forma, cobra voz. Ella comprueba si la tensión, ritmo, tiene cuerpo, flexiona sus patas, la tela de araña aguanta la embestida. La araña pasea con sus ojos por su tejido/ texto, recorre uno por uno los hilos, juntos forman un tapiz. La luz se filtra entre su tejido/ texto, y cansada de construirlo, después de varios soles y varias lunas, la araña se deshace entre los hilos. El texto devora a su presa

Duerme Can Nü, duerme

el tejido

aletea en el universo

La mítica Babilonia

Bagdad, ¿dónde ha quedado tu lengua? El volcán se abrió sobre ti, derramó un mar de lava entre tu gente, tus edificios, tu historia. La lava se metió en tus hogares, deteniéndose por instantes sólo para que avancen los glaciares.
¿Qué se siente, Bagdad, cuando te calcinan y te congelan a intervalos?
¿Cuándo tu gente no encuentra piedra tras la cual ocultarse?
¿Qué se siente, Bagdad, cuando te dominan otras lenguas?

Bagdad no duerme en la noche

¿Cómo hace esa mujer? ¿Continúa respirando? ¿Cómo hace? Todos los suyos descansan bajo piedras. Sus pasos avanzan, titubeantes, busca dónde asentar sus pies entre el mar de piedras. ¿Encontrará algún aliento?, se pregunta, un aliento entre el humo y los escombros. Sólo una rata pasa a su lado zigzagueando y la mujer observa, dichosa de atisbar algo con vida.

Bagdad de las mil y una noches, repite la mujer

Bagdad es Scherezade frente a la violencia del sultán Schahriar. Scherezade ya no relata historias ancestrales, esas que aplacaban la ira de Schahriar. ¿Quién es hoy Schahriar?, se pregunta. Bagdad no duerme en la noche, los fuegos danzan en el aire y la escriba sabe que la muerte espera en algún recoveco. Scherezade se refugia a orillas del Tigris y recuerda, recuerda las épocas de esplendor de Bagdad. La historia de la humanidad en su piel más profunda, en esas plantillas arqueológicas, esas, enterradas bajo colinas en el sur, en el desierto. La historia de la Mesopotamia. Bagdad, tus espejos y laberintos, tus mezquitas, tus frisos, tus escrituras, Bagdad y tu esplendor, esplendor hoy en hedor. Espejos astillados, miembros deshilachados, fragmentos. Scherezade, a orillas del Tigris, deja que el sol acaricie su rostro y se pregunta:

¿Adónde habrá ido a parar el Arpa de oro?

¿De qué habla Scherezade?. Del primer instrumento musical, instrumento de la época sumeria. Ese, del que ella extraía en las tardes de otoño, sus melodías. Scherezade gira y observa a la niña asesinada, sus ojos fijos en la nada, y la mano derecha de la escriba tiembla, tic que apareció cuando vio los miembros de su pueblo saltar por los aires.

¿Qué serpiente te robó la vida, Gilgamesh?

Scherezade encuentra una rama de árbol con forma de arco, la toma, la prueba, la flexiona. Arranca lo poco que queda de su túnica y extrae largas hilachas. Con paciencia, construye un arpa, los pájaros cantan. El arpa nace entre sus dedos. La música se despliega, se mezcla entre las piedras y el sonido del Tigris. Scherezada afina su garganta y canta. Su voz se expande entre el viento. Por un instante, la devastación se detiene, zorros, cuervos, hienas, ratas, hormigas la rodean en círculo, y danzan

Babilonia

el origen en llamas

piedras, los doce frutos, las doce estrellas.

El azar se avecina.

El doce, el número del colgado. En el tarot que rota en el aro del toro, oro, coro,
soro

Todo pensamiento lanza un Golpe de Dados

Citas de Stéphane Mallarmé

Artaud en la tribu

¿De qué me hablas, Artaud? ¿Por qué trepas a una montaña y gritas, enfurecido, la escritura en voz alta?. Y vuelves a gritar, hasta que el espacio devuelve tu eco. Quizá tu rostro pudiese explicar mejor que nada el significado. Tu rostro, piel apretada contra los huesos, tus ojos, chispas emergiendo del abismo.

Y no tengo voz para gritar

Tu cuerpo fibroso, deshecho, tu cuerpo atravesando la frontera. Tu cuerpo hechicero balbuceando. Tu cuerpo hechicero expresando, expresando con gestos, con sonidos, la palabra que no sale de la garganta. El cuerpo como palabra. El cuerpo hablando. El cuerpo animal. El cuerpo hechicero. El cuerpo doblándose, sacudiendo, explotando, escindiéndose, regresando, partiendo. El cuerpo en el espacio.

Mi pensamiento se busca en el éter

El cuerpo entre tambores expresando la carnalidad del ser humano, Artaud, harto, hechicero, Artó. El cuerpo salvaje emitiendo ecos en el corazón de las tinieblas, en la selva, en sus entrañas ensortijadas. Ritual de vocablos sin venas. Los tambores invaden, redoblan

ésto se estrecha
ésto se estrangula
en la gula del estrecho

Los tambores invaden, redoblan. Artaud, a los brincos, buscando verdades entre
Los tarahumaras. Los indios sentados alrededor del fuego, Artaud hechicero
danzando y emitiendo sonidos que devora la noche. Artaud con piel de león, cola
de gato, risa de iguana, patas de yegua, astucia de pantera, ojos de águila,
garras de leona amamantando, visión de lechuza, lengua de serpiente, rabo de
vaca, grito de gata en celo, gata en celo toca el cello hacia el cielo.

Tutuguri
Ciguri
tutu guri
guría
gurisa

La cámara de Dogma se acerca, capta el hocico de Artaud, la respiración, sus
jadeos, gemidos, aullidos, manos de quien se ahoga cubriendo el rostro, brazos
retorciéndose al son de los atabaques. Quemazón ácida en los miembros,
músculos al rojo vivo, piel entre el vidrio, llamaradas, el pico graznando.
Redoblan los tambores, redobla Artaud, redobla la cámara, redoblan lo
tambores, redoblan los tambores, redoblan los tambores, Artaud se hinca, se
dobla, solloza, clava sus rodillas en la tierra, y hunde sus puños en la corteza del
trono, sangre cae por sus antebrazos, gesticula, y escupe saliva, esperma,
espuma.

La
es
cri
tu
ra
se
des
mo
ro
na

Citas de Antonin Artaud